Heidi

Johanna Spyri

Adaptación de Mariona Mas
Ilustraciones de Pitu Álvarez

adapta editorial

PARTE I

Los años de aprender y viajar

1. Rumbo a los Alpes

Maienfeld es una pequeña ciudad suiza.
Desde Maienfeld, sale un camino que cruza campos verdes
y bosques llenos de árboles,
y que llega al pie de las grandes montañas que rodean el valle.
En este punto, el camino sube montaña arriba
y termina en lo alto de los Alpes.
Los Alpes son una cadena de montañas altísimas
que cruzan Suiza, Francia, Italia y Austria.

Una soleada mañana, una joven subía por aquel camino
con una niña de 5 años de la mano.
La niña tenía las mejillas coloradas.
Hacía el típico calor de junio,
pero la habían abrigado como si fuera invierno:
llevaba dos o tres vestidos, uno sobre otro,
y, encima de todo, un gran chal de algodón rojo.
Sus zapatos tenían clavos en las suelas y le costaba caminar.

Ya hacía una hora que subían por el camino
cuando llegaron a Dörfli,
un pueblo que se encontraba a medio camino de la cima.
La joven llegaba a su pueblo,
donde todos la conocían y la saludaban.
Ella también les devolvía el saludo,
pero siguió caminando hasta llegar a la última casa del pueblo.

Antes de seguir subiendo, escuchó una voz:

—Espera, Dete. Si vas allí arriba, te acompaño.

Entonces, la niña se sentó en el suelo.

—¿Estás cansada, Heidi? —preguntó la joven llamada Dete.

—No, pero tengo calor —respondió la niña.

—Ya falta poco, un último esfuerzo
y en una hora habremos llegado arriba —dijo para animarla.

La niña se levantó y siguió a las dos amigas,
que empezaron a hablar, alegres.

—¿A dónde vas con esta niña, Dete? —preguntó la chica—.
¿Es la hija que dejó tu hermana?

—Sí —respondió Dete—. La llevo con el Viejo, vivirá con él.

—¿Cómo? ¿Quieres dejarla con él? ¿Es broma?
¡Es una pésima idea! El Viejo te la devolverá.

—Es su abuelo, ahora le toca a él cuidarla.
Yo ya he hecho suficiente, Barbel.
Un matrimonio que viene cada año
al hotel donde trabajo, en Ragatz,
me ofrece un buen trabajo en Frankfurt y debo aceptarlo.

—Si fuera un abuelo normal, la aceptaría.
Pero no habla con nadie, nunca va a la iglesia.
Baja poco de la montaña, pero todos lo rehúyen.

—La cuidará bien, es su abuelo.
Y, en cualquier caso, ¡será su problema!

—Me gustaría saber qué le ha ocurrido en la vida
para tener una mirada tan terrible y vivir tan solo.
Hay rumores...
Seguro que tu hermana te explicó alguna cosa.

—Sí, pero no diré nada. Si el Viejo se enterara,
se enfadaría conmigo.

—Explícame algo al menos.
¿Siempre ha sido tan huraño[1]?

—Si guardas el secreto..., algo podría contarte.
Él y mi madre eran del mismo pueblo.

—Venga, Dete, ¿por quién me tomas? —dijo Barbel
un poco ofendida—. Sé guardar un secreto.

Dete comprobó que Heidi estuviera lo bastante lejos.
Se dio la vuelta. Pero... ¿dónde estaba Heidi?

1. Que no le gusta la compañía de otras personas, que las rehúye.

El camino subía con muchas curvas
y se podía seguir con la vista hasta el pueblo.
¡No veía a la niña en todo el recorrido!

—¡Está allí, mira! —exclamó Barbel, señalando hacia el valle—.
Está subiendo con Pedro y sus cabras.
El chico la vigilará y tú podrás hablar tranquila.

—Vigilarla es fácil —dijo Dete—.
Solo tiene 5 años, pero es muy lista...
Pues mira, ahora el Viejo solo tiene su cabaña y dos cabras.

—¿Y antes qué tenía? —preguntó Barbel.

—Antes tenía una de las granjas más bonitas de la comarca.
Eran dos hermanos. El pequeño era tranquilo y serio,
él, en cambio, todo lo contrario...
Empezó a jugar y a beber, y perdió todo lo que tenía.
Sus padres murieron de pena. Entonces, desapareció.
Dijeron que se había alistado en el ejército,
y pasaron 15 años sin que se supiera nada de él.

Dete hizo una pausa y siguió explicando.

—De pronto, un día apareció acompañado de un joven.
Al parecer, su mujer murió después de dar a luz al niño,
pero su familia no quería saber nada de él.
El Viejo se enfadó mucho y vino a Dörfli con su hijo.

Barbel escuchaba con atención, y Dete continuó:

—Tobías era un buen chico, les caía bien a todos.
Pero la gente desconfiaba del Viejo.
Decían que se había escapado del ejército,
que había matado a un hombre en una pelea...
Cuando se fue a vivir a la cabaña, en la montaña,
empezaron a llamarlo "el Viejo de los Alpes".

—Pero... ¿y Tobías? —preguntó Barbel.

—Tobías se casó con mi hermana mayor, Adelaida.
Eran muy felices.
Sin embargo, un día, trabajando,
a Tobías le cayó una viga en la cabeza y murió.
Adelaida enfermó de pena y, al final, ella también murió.
Todos decían que era un castigo de Dios
por la vida que había llevado el Viejo.
El hombre se volvió aún más huraño
y se fue a vivir a la cima de la montaña.

Dete hizo otra pausa antes de continuar.

—Mi madre y yo acogimos a la hija de Adelaida,
que en aquel entonces tenía un año.
El año pasado, cuando murió mi madre,
fui al hotel de Ragatz con la niña.
Trabajé allí todo el invierno sirviendo y cosiendo.

»Ahora, esta primavera,
una familia de Frankfurt que conocí en el hotel
me ha pedido que los acompañe.
Nos iremos pasado mañana. Es un buen trabajo.

—Ay... Creo que te equivocas dejando a la niña con el Viejo.

—Yo he hecho lo que he podido —respondió Dete—.
No me puedo llevar a una niña de 5 años a Frankfurt.
Por cierto, Barbel, ¿a dónde ibas?
Ya estamos a medio camino de los prados.

—Debo hablar con la madre del cabrero,
hila[2] para mí durante el invierno.
Adiós, Dete, ¡te deseo mucha suerte!

Dete miró cómo Barbel entraba en casa del cabrero.
La casa se encontraba en una hondonada[3], protegida del viento.
Era una cabaña vieja y destartalada.
Cuando soplaba el viento, las ventanas y las vigas crujían.
En aquella cabaña vivían Pedro, su madre y su abuela.

Pedro tenía 11 años.
Se levantaba muy temprano,
desayunaba un trozo de pan y un vaso de leche
y se llevaba a las cabras a los pastos de las altas montañas.

2. Hacer hilo de lana con la lana de las ovejas.
3. Espacio de terreno hondo.

Al final del día, el chico bajaba el rebaño a Dörfli.
En verano, este era el único momento en que Pedro
se encontraba con otros niños de su edad.

Su padre también era cabrero.
El hombre había muerto años atrás, mientras talaba un árbol.

Dete esperó delante de la cabaña a que Heidi llegara,
porque la niña había seguido al cabrero.
Primero le costó un poco,
se ahogaba por toda la ropa que llevaba puesta.

Pedro iba descalzo, llevaba pantalones cortos y corría ligero.
Así que Heidi se quitó los zapatos, las medias, el chal
los dos vestidos... y se quedó con la camisa y unas enaguas[4].

Ahora se sentía ligera y empezó a hacerle preguntas al chico:
cuántas cabras tenía, a dónde las llevaba a pastar...

Cuando llegó hasta donde se encontraba la tía Dete,
esta empezó a gritar:

—Heidi, ¡qué has hecho! ¿Dónde están los vestidos?
¿Y los zapatos que te compré para la montaña?

—¡Allí abajo! Así ya estoy bien —respondió la niña, tranquila.

4. Falda de tela blanca que se lleva debajo de un vestido u otra falda, una especie de prenda de ropa interior.

La tía vio el montón de ropa a lo lejos.

—¡Desgraciada! —gritó enfadada—.
¿Por qué te has quitado la ropa? ¿Te has vuelto loca?
Pedro, ¡ve a buscar la ropa!

—Hoy voy muy atrasado —respondió Pedro sin moverse.

—Te daré algo que te gustará. ¿Qué te parece esto?

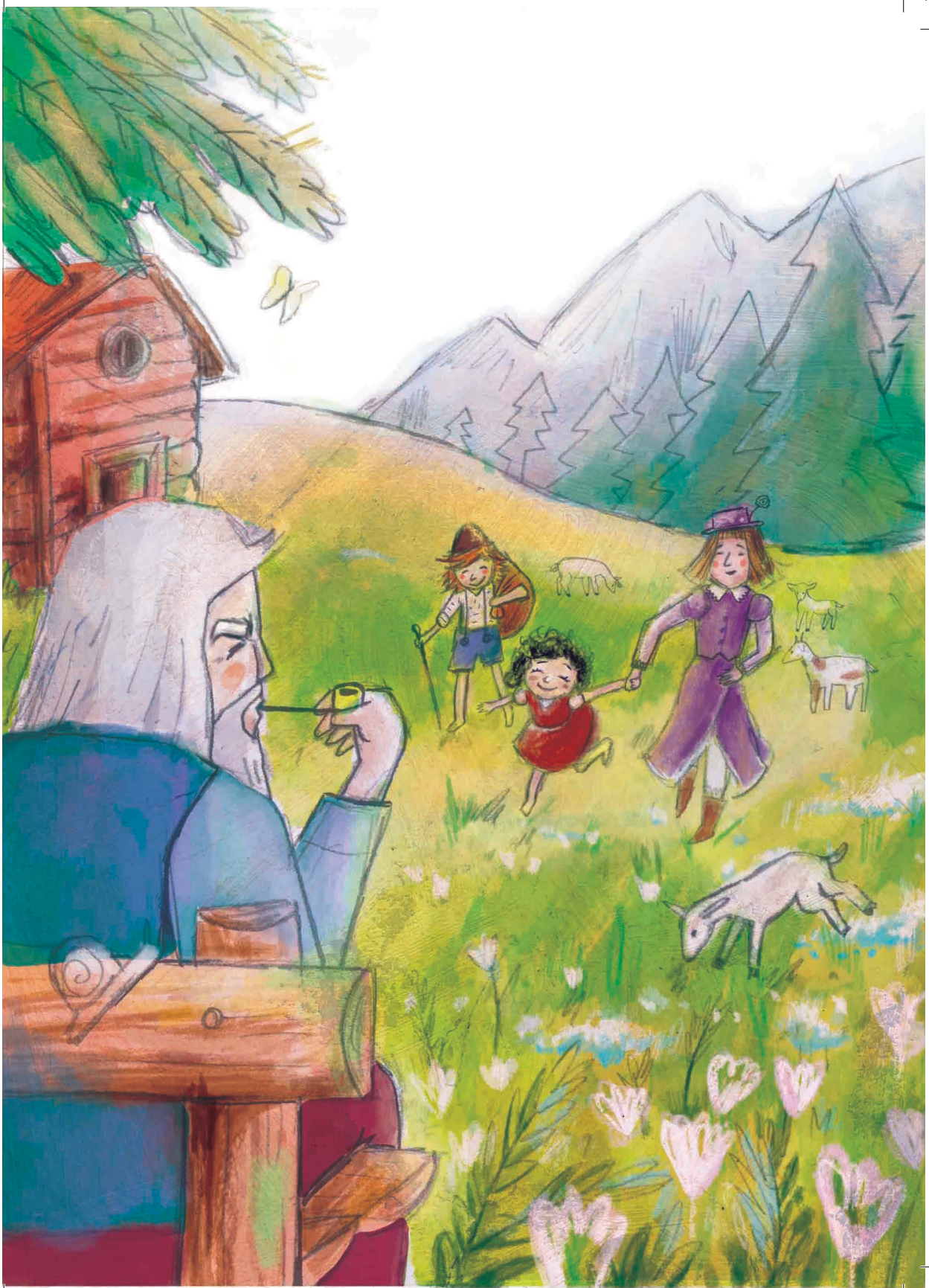
Dete le enseñó una moneda de cinco centavos.
Pedro llegó rápidamente al montón de ropa, lo recogió y volvió.
Y los tres continuaron subiendo con las cabras.

Un buen rato más tarde, llegaron a la cabaña del Viejo.
La cabaña estaba expuesta al viento,
pero siempre le daba el sol y tenía vistas de todo el valle.
Detrás de la cabaña, había tres abetos viejos,
y desde allí subía el camino hacia los pastos.

El Viejo de los Alpes estaba sentado fuera,
en un banco de madera que había frente a la casa.
Observaba el valle.

Heidi fue la primera en llegar.
Se acercó al Viejo y, ofreciéndole la mano, le dijo:

—Buenos días, abuelito.



—¿Qué significa esto? —dijo el Viejo con tono huraño.

Heidi lo miró. Aquel abuelo, de barba larga
y cejas grises y rizadas, le resultaba extraño.

—Buenos días, Viejo —dijo Dete acercándose a él—.
Le traigo a la hija de Tobías y Adelaida.
Creo que la última vez que la vio tenía un año.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó el hombre.
Y, mirando a Pedro, añadió—: Tú, vete con las cabras,
que ya es tarde. Y llévate a las mías.

Pedro obedeció enseguida y siguió camino arriba.

—Heidi debe quedarse con usted —dijo Dete—.
Tengo un nuevo empleo y no puede venir conmigo.
Usted es su pariente más cercano.

—¡Vaya! ¿Y si la niña se echa a llorar
porque quiere irse contigo?

—Si no puede hacerse cargo —respondió Dete—,
haga lo que quiera.
Pero si le pasa alguna cosa, será el responsable.
Y suficientes cosas recaen ya sobre su conciencia.

La joven estaba nerviosa, y había dicho más de lo que pretendía.

Al escuchar aquello, el Viejo se levantó y gritó:

—¡Lárgate de aquí ahora mismo y no vuelvas en mucho tiempo!

—Adiós, Heidi —se despidió Dete deprisa
mientras miraba a la niña.

La joven bajó corriendo hasta Dörfli.
Seguía nerviosa, su hermana le había confiado a su hija.
Pero pensó que, cuando ganara mucho dinero,
podría regresar y cuidarla.
Y, a medida que se alejaba del pueblo,
se alegró por el magnífico trabajo que la esperaba en Frankfurt.